Esquina Callao y Corrientes. Siempre llena, siempre repleta de gente. Las veredas rebalsan y a veces algunos tienen que bajar a la calle y ganarse algunas puteadas de algún ciclista demasiado apurado como para frenar a discutir. Para colmo, como hay un colegio cerca, es todavía más peligroso. La mañana, el mediodía y la tarde son momentos caóticos en la ciudad. Mucho más en esta esquina. Los chicos salen tan compenetrados en sus problemas adolescentes, riéndose a carcajadas del chusmerío del aula, con sus pantalones de vestir arrugados, chombas manchadas con tinta y zapatos marcados de pisadas, tan en la suya, que ni se fijan por donde van ni les interesa. Lo mismo aplica para los más chiquitos, por supuesto, aunque en este caso hay padres que los llevan de la mano. En algunos casos. Otros padres están demasiado ocupados revisando sus inicios en redes sociales para darse cuenta de que su hijo cruzó con el semáforo en rojo y hay un taxista gritándole de todo menos "gracias". No puede faltar la señora que sale a hacer las compras y pasa por la esquina todos los días a la misma hora. Tipo once más o menos, para abastecer su cocina de todo lo que necesita para disponer el almuerzo perfecto. Siempre de anteojos de sol, chancletas floreadas, vestido a juego, pulseras enormes y ruidosas, y el carrito, el carrito de las compras con el diseño más raro que vas a ver en tu vida. Y a veces, solo a veces, las acompaña un hermoso perrito blanco que sorprendentemente les sigue el paso, sin apurarse, ni detenerse, perfectamente coordinado con su andar. Hay una librería-disquería gigante, toda vidriada, justo en la esquina y al lado un puesto de diarios y revistas. Ese puesto suele ser la única fuente de información que tiene la gente que pasa. Las tapas de las revistas, los titulares que están más a la vista, "¿viste quién se separó?" resulta ser el único comentario que se puede hacer a la noche, en la cena familiar, esos quince minutos en que la familia promedio se reúne inevitablemente. La librería siempre está llena. No importa a qué hora pases. Siempre hay gente haciendo fila para entrar, para comprar o para retirar algún pedido hecho de antemano para evitar justamente perder tiempo. Se sabe, que en la ciudad el tiempo escasea. Lo mejor son los chicos, apuntando con el dedo, tironeando de la ropa de su papá, de su mamá, de quien sea, pidiendo por tal o cual libro. Lo mejor de lo mejor son sus ojitos brillando cuando consiguen el tan esperado sí y lo peor son sus berrinches cuando no logran su cometido. Aunque en realidad, lo peor de lo peor es la angustia de los padres que no pueden permitirse realizar una compra de ese tamaño. Esa angustia traspasa Callao, Corrientes y se cuela en todas las calles de Buenos Aires. Justamente por eso hay algunos que ni siquiera se detienen a mirar, pero uno, que mira, y es un poco más observador que el resto, uno se da cuenta de que se les van los ojos hacia las tapas de los libros expuestos en la vidriera, cumpliendo su objetivo, que viene a ser justamente ese: hacerlos frenar. Y es que es inevitable no frenarse ante semejante variedad de libros, de cualquier género, de cualquier tamaño, de cualquier color que te imagines. En el medio de la ciudad, del caos, del tiempo que no vuelve, del taxista enojado, del ciclista apurado, de la señora del carrito y su perro, del puesto de revistas. En el medio de todo, detenerse, dejar que los ojos se posen en ese libro.